THE HORUS HERESY®

SINS OF THE FATHER

Andy Smillie

As the Tempest of Angels nears its end, Sanguinius considers the destiny of his chosen sons



LA HEREJÍA DE HORUS

LOS PECADOS DEL PADRE

ANDY SMILLIE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

SANGUINIUS	Primarca de los Ángeles Sangrientos

La Legión de los Ángeles Sangrientos

AZKAELLON	Comandante de la Guardia Sanguinaria
AMIT	Capitán de la 5ª compañía de los Ángeles Sangrientos

En mis horas más oscuras, no amo a mis hijos.

Sanguinius permanecía inmóvil mientras las espadas chocaban a su alrededor. Sus pensamientos pesaban sobre él como la presa del tiempo. Lo mantenían clavado en el suelo, inmóvil en el centro del círculo de duelo mientras los dos combatientes intercambiaban golpes.

En estos momentos, me aflige pensar en lo que vendrá.

Vestido con una sencilla túnica, la perfección de su forma eclipsaba la de las estatuas y esculturas que los rodeaban en aquella cámara, en el interior de la Fortaleza de Hera. Un ser numinoso, angélico, todo él era una oda a la belleza y el poder de las creaciones del Emperador.

Y para cualquiera salvo para su padre, la sombra de preocupación de su frente habría pasado desapercibida.

Mis hijos nunca alcanzarán mi virtud. Serán por siempre espejos empañados, brillando como pobres reflejos de la grandeza que mi muerte les robará. No poseen la fuerza para alzarse en contra de la maldición de su sangre. Excepto… excepto quizá estos dos.

La Tempestad de los Ángeles era un ritual peligroso. Sanguinius permanecía en el ojo de aquella tormenta de hojas, mientras las espadas del Desgarrador y el Salvador silbaban a su alrededor. El Ángel seguía el fluir del duelo, apreciando la fuerza y la habilidad de aquel par, mientras ellos se gruñían y atacaban uno al otro.

Mi Padre me creó a imagen de un ángel; si de un protector divino o de un destructor iracundo, eso nunca me lo dijo. Es algo propio de Su naturaleza crear lo que puede sorprenderlo. Me dio la potestad de decidir cómo deberá la historia recordar mis logros.

Sanguinius cerró los ojos, dejando que su mente vagara hasta regresar al Triunfo de Ullanor. Siempre se había sentido solo. Incluso entonces. Incluso en presencia de tantos de sus hermanos. Vio cada una de sus caras, percibiendo el brillo del destino desplegándose ante sus ojos.

Mis hermanos no sufren esa indecisión. Magnus no es un guerrero, y Angron no es un estratega. Sus caminos ya estaban elegidos, los libraron de la carga de tales dudas.

Las chispan danzan sobre la cara de Sanguinius cada vez que las hojas se encuentran, las dos lenguas de acero baalita teñidas de un iracundo tono rojizo por la fricción.

Destructor. Protector. Estoy condenado a ver el final de cada uno de esos senderos, y conozco el dolor de apartarme de cualquiera de ellos. Y en mi debilidad, intento caminar por la línea que los separa.

Abre los ojos. Los combatientes están tan cerca de él que los furiosos cortes y estocadas le calientan la piel.

Pero estos dos, estos dos incompletos hijos míos, caminan sólo por uno de los senderos.

Con una fuerza asesina, una espada asciende hacia la garganta de Sanguinius. El primarca permanece inmóvil, y sigue viviendo: el golpe del Desgarrador bloqueado por la hoja del Salvador.

Azkaellon, capitán de mi Guardia Sanguinaria, mi mayor protector. El oro y el bronce de su armadura son un eco de la pureza que inunda sus corazones. Motivado por el deber, por el orgullo, es un maestro de la espada, sus golpes equilibrados, medidos, serenos.

Azkaellon resopla por el esfuerzo cuando hace retroceder a su oponente lejos del primarca.

Amit, capitán de la 5.ª Compañía, un guerrero nato. Podría luchar hasta que las estrellas se consumieran. Su armadura luce las cicatrices que otros reservan para sus almas. Templado en sangre, está manchado por el más profundo carmesí. Es un destructor que lucha con la furia de un berserker. Sus brutales golpes no le dejan espacio alguno para la defensa.

Amit gruñe, recupera el equilibrio y ataca otra vez con redoblada fuerza.

Su obsesión les permitirá sobrevivirme, les dará la fuerza necesaria para hacer lo que otros no podrán.

Y aun así, he visto un futuro sin ángeles…

Oigo el rugido triunfal de Ka'Bandha en el momento en que golpeo contra el suelo. Satisfecho con su venganza, bate las alas y se precipita sobre la batalla distante.

Permanezco tirado, inmóvil.

—¡No! —el grito de Azkaellon es uno de rabia y angustia.

Corre hacia mí. Ignora la llamada de sus guerreros, los abandona.

—Se-Señor… —tartamudea mientras cae de rodillas a mi lado.

Me acerca a su pecho, rodeándome con los brazos. Mi cabeza descansa sobre los altorrelieves de su coraza. Mis rasgos son los mismos que ahora: virginales, intactos.

—¡Padre! —Azkaellon me sacude frenéticamente, acosado por el dolor mientras busca la vida que ya no late dentro de mí—. Está muerto… —alza la vista al cielo, como si buscara alguna deidad que fuera a sancionar sus palabras—. ¡Nuestro padre Sanguinius está muerto!

A su alrededor partes del Palacio arden en sus últimos momentos. El fuego consume la tierra y escala por los muros. La carne purulenta arde como aceite, arrancada por dioses de la aniquilación de los cadáveres y de algunos aún vivos.

—¿Cómo… cómo puede ser?

Tras desprenderse del casco, Azkaellon mira a su alrededor, como si mirar el mundo con sus propios ojos pudiera cambiar lo que está viendo. No, no puede.

Un infierno lo rodea. La ausencia de esperanza es tan absoluta alrededor del postrado ángel sangriento que deja caer su espada. Sus hermanos están muriendo, demonios de piel roja los están eviscerando con sus garras afiladas, cortándolos en pedazos con sus armas de obsidiana. Sus enemigos son tan rápidos que parece que los Ángeles Sangrientos lucharan a cámara lenta, el ruido de sus bólteres ahogado por los rugidos de las bestias contra las que están luchando. Es un mosaico de matanza y locura, una pesadilla hecha realidad. Es el fin de todo.

—¡Lord! ¡Lord Azkaellon, tiene que luchar!

Azkaellon alza la vista hacia el ángel sangriento que permanece en pie frente a él. La servoarmadura del guerrero está ennegrecida, quemada por un fuego antinatural.

—¡Mi señor, necesitamos su espada! —la ira mezclada con la desesperación deforma su expresión.

—Se… se ha ido. Se acabó todo para nosotros —la voz de Azkaellon suena hueca, como si el pesar le hubiera arrancado toda emoción.

—¡Comandante Azkaellon, lo necesitamos! ¡No podemos…!

La cabeza y el torso del ángel sangriento se desvanecen en el interior de un rayo carmesí, vaporizado por alguna de las armas arcanas del enemigo.

Azkaellon baja la mirada hasta los restos del guerrero, perdiéndose a sí mismo en el charco de sangre que se extiende sobre el suelo.

—Estamos perdidos…

Amit sigue avanzando, tambaleándose. Solo en aquel vasto desierto, perdido entre las ondulantes dunas rojas que se extienden en todas direcciones, sólo su rabia lo mantiene en pie. Ha perseguido a su presa hasta allí, haciendo sangrar por el camino a sus propios guerreros hasta que han sido aniquilados. La arena bajo sus pies no es piedra desmenuzada, sino un recordatorio de aquella sangrienta batalla. Camina sobre el polvo en el que se han convertido los muertos, sobre las colinas de la sangre desecada y cocida por los ocho soles que brillan sobre él.

—Te encontraré.

La voz de Amit es un gruñido ronco, desgarrada por esas dos palabras una y otra vez.

El demonio se ríe en respuesta. Es un rugido de burla, un rumor de desprecio que resuena a su alrededor como el eco de un trueno.

Amit alza su espada hacia el cielo.

—No puedes esconderte de mi hoja, demonio. No para siempre. Te encontraré, y te mataré.

Los cielos carmesíes crepitan con fuego cuando un latigazo de la voluntad del demonio los desgarra, abriendo una herida en el firmamento. Sangre, rojiza y oscura, comienza a caer como una lluvia vengativa.

—Eso no me detendrá —dice Amit entre dientes.

Se equivoca.

La lluvia de sangre cae en torrentes, derribando a Amit y disolviendo las dunas bajo él en un denso fango.

—¡Muéstrate, demonio! —escupe Amit mientras lucha por seguir avanzando, intentando en vano no hundirse en aquel pantano—. Cobarde, ¡lucha conmigo!

La frustración le corta como una espada mientras la sangre se traga el suelo y todo se convierte en un océano. Impotente, el señor de los Desgarradores de Carne se hunde en aquel abismo rojo.

—¡No!

Al grito de Amit es casi imperceptible, ahogado por el estruendo de las olas sanguinolentas que caen sobre él.

Intenta nadar hacia la superficie, pero la sangre es demasiado densa, su armadura demasiado pesada. Se hunde más y más, hacia las profundidades de muerte que forman aquel mundo.

—No…

El denso líquido arterial le llena los pulmones, arrastrándolo hasta hacerle alcanzar el fondo, un ondulante panorama de calaveras pulidas. Cientos de miles de ellas, tapizando el lecho marino.

Pero siempre hay sitio para una más.

[redacted]

—Alto.

A la orden de Sanguinius, Amit y Azkaellon apartan sus espadas.

—Intercambiad los lugares.

—¿Señor? —la confusión se marca en la frente de Azkaellon.

—Azkaellon, tú me atacarás. Amit, tú me defenderás.

—Señor, yo no tengo el temperam…

—No, Amit, no lo tienes —la voz de Sanguinius es dura pero sus ojos no muestran malicia alguna—. Luchas sin ninguna preocupación por la supervivencia. Y tú, Azkaellon —dice mientras dirige la mirada al otro ángel sangriento—, luchas para proteger sin considerar lo que la supervivencia pueda significar.

Azkaellon alza una mano en protesta.

—Lucho por la legión, por la memoria del Emperador y por el Imperio que una vez fue.

—No, no lo haces —Sanguinius niega con la cabeza—. Luchas por tu propio honor. Luchas por mí.

La mira de Azkaellon parece dolida, como si lo hubiera alcanzado el filo de una espada.

—¿Y qué causa puede haber mayor?

—No es un pecado, y hasta ahora eso te ha servido bien. Pero no es suficiente. Cuando este nuevo imperio caiga, cuando todos nosotros hayamos sido derribados… Cuando me haya ido, ¿por quién lucharás?

Los ojos de Azkaellon brillan de furia.

—Mi señor, eso no ocur…

—¿Tan seguro estás de un futuro desconocido incluso para mi Padre?

—Señor… perdonadme —Azkaellon baja la cabeza.

—Y tú, Amit, luchas porque el estruendo de la batalla te proporciona paz.

Amit gira la cabeza, incapaz de sostener la mirada de su padre.

—Llegará un momento en que los gritos de los que has guiado a la muerte ahogarán el rugido en tus venas. Llegará un momento en el que tengas que defender lo poco que nos quede.

Amit no dice nada, su mandíbula fuertemente apretada.

—Ahora… —Sanguinius vuelve a erguirse en el centro del círculo de duelo—. Intercambiad los lugares.

Sin una palabra más, Amit y Azkaellon cambian sus posiciones y alzan sus espadas.

—Mi vida está en vuestras manos, hijos míos. No la malgastéis.

FIN DEL RELATO